

Introducción

Javier Moreno Luzón

Universidad Complutense de Madrid

Rodrigo Gutiérrez Viñuales

Universidad de Granada

El 2 de mayo de 1908, centenario del levantamiento popular contra Napoleón que inició la llamada guerra de la Independencia española, recorrió Madrid una procesión cívica. Formaban en ella guardias civiles, estudiantes, comisiones de los gremios madrileños, orfeones y bomberos, carrozas alegóricas de varias regiones, un batallón infantil y diversas corporaciones —como las de la prensa y del Ateneo— junto a banderas históricas escoltadas por militares y toda clase de autoridades, desde los magistrados de los tribunales hasta los miembros del parlamento. Cerraba la comitiva un cortejo real presidido por Alfonso XIII, quien, solo y a pie, recibía los vítores del público que abarrotaba las calles engalanadas de la capital. El gobierno seguía sus pasos. Al llegar al monumento dedicado a los héroes de aquella gesta, en el campo de la Lealtad, los participantes depositaron coronas de flores y desfilaron las unidades del ejército. Un espectáculo notable que, según los periódicos más importantes, mostraba la adhesión de los españoles a la memoria de sus glorias nacionales.

Las procesiones cívicas se convirtieron en uno de los números principales dentro de las conmemoraciones que durante años recordaron los distintos episodios de aquella contienda, origen de la modernidad en el mundo hispánico. En España sobresalieron las de Zaragoza, donde una solemne ceremonia trasladó, en junio de 1908 y también con la presencia del rey, los restos de las heroínas que habían luchado en los dos sitios puestos a la ciudad por las tropas francesas. Y más adelante las de Cádiz, que en marzo y octubre de 1912 mezclaron, al modo liberal, la evocación de los sacrificios locales en la epopeya patria con el homenaje a la Constitución promulgada allí cien años antes, que se leía al término de los desfiles. Estos rituales menudearon asimismo en los festejos que rememoraron al otro lado del Atlántico el comienzo de las campañas que, en medio de la quiebra estatal propiciada por el conflicto napoleónico, habían conducido a la emancipación de las colonias españolas en América. Los más fastuosos tuvieron lugar en Buenos Aires, que culminó dos intensas semanas en mayo de 1910 con una manifestación patriótica capaz de reunir al

grueso de su sociedad civil y política. Unos meses más tarde, en septiembre de aquel mismo año, todos los estados mexicanos orquestaron procesiones y la de Ciudad de México cubrió de ofrendas las urnas funerarias de los héroes de la independencia.

Aquellas marchas, versiones secularizadas de las tradiciones religiosas, sintetizaban algunos de los significados de los centenarios, tal y como los concebían sus promotores. En ellas se desplegaban naciones organizadas y jerarquizadas, que acaudillaban los gobernantes y custodiaban las fuerzas armadas, con ayuda más o menos explícita de la Iglesia católica. Naciones ideales que expresaban unidas, sin fisuras aparentes, un sólido patriotismo. Si por un lado reconocían el mérito de los próceres y héroes que habían fundado la patria o la habían defendido de sus enemigos, por otro prometían seguir su ejemplo de cara al futuro. Se trataba de representaciones que complacían a una buena porción de las poblaciones europeas o americanas, que gustosas, tomaban parte en ellas y las presenciaban; pero no podían ocultar, sino tan solo olvidar por unas horas, los múltiples conflictos —políticos, territoriales, económicos y laborales— que las atravesaban. Pese a las peculiaridades de cada una, tales gestos se repetían en diferentes latitudes, al igual que otros que también aludían al pasado, como las estatuas erigidas en honor de los personajes y hechos recordados; o a un presente preñado de posibilidades, como las exposiciones artísticas e industriales que acompañaban los festivales retrospectivos. Así había ocurrido décadas atrás en los países que servían de ejemplo a españoles, argentinos y mexicanos: Estados Unidos, que había celebrado los cien años de su declaración de independencia en 1876; y sobre todo Francia, cuyas fiestas de 1889, con motivo del centenario de la gran revolución, marcaron toda una época. La de finales del siglo XIX y comienzos del XX, edad dorada de la conmemoración.

Porque las conmemoraciones se transformaron entonces en una de las herramientas preferidas por parte de los nacionalismos en auge. Tanto por los movimientos que construían sus naciones desde abajo o aspiraban a crear un nuevo Estado como por los regímenes que intentaban legitimarse a través de su vinculación con una larga historia y del fomento de las identidades que sublimaban. Las fiestas conmemorativas, coincidentes con aniversarios de una u otra naturaleza, permitían imaginar esas comunidades nacionales, actualizar sus rasgos, darles un sentido histórico y hacerlas visibles. Contribuían así a la nacionalización de amplios sectores sociales, que no solo contemplaban los espectáculos, sino que también se implicaban emocionalmente en ellos. Su protagonismo se correspondía con la emergencia de la política de masas, es decir, con la creciente participación en los asuntos públicos de grupos cada vez mayores y con el ensanchamiento de una esfera de debate en la que progresaban medios de comunicación como los diarios de gran tirada, las revistas

ilustradas y el cine. Las décadas de entre siglos aportaban además otros incentivos para las empresas nacionalistas, pues eran tiempos de incertidumbre, en los que proliferaban los cambios rápidos y surgían actores que ponían en cuestión los órdenes establecidos. El recurso a la nación, bandera y a la vez antídoto para los nuevos contenciosos, discurría por cauces variados, entre los cuales los centenarios ocupaban un lugar privilegiado. Aunque en ellos no se impusieran ideas monolíticas, sino que pugnarán proyectos nacionalistas contradictorios. En definitiva, las conmemoraciones permiten asomarse a coyunturas especialmente ricas, en las que se solapaban fenómenos cruciales. Por todo ello, la historia cultural de la política ha hecho de ellas un objeto preferente de estudio.

En este libro se analizan e ilustran tres conmemoraciones coetáneas: la española de la guerra de la Independencia y de las Cortes de Cádiz; la argentina de la Revolución de Mayo y la mexicana del Grito de Dolores, hitos fundacionales de sus respectivas luchas independentistas. Tres casos diferentes que, sin embargo, compartían características comunes, las propias de su época y algunas específicas que los emparentaban e interrelacionaban. Para empezar, en las fechas centenarias los tres países estaban regidos por sistemas políticos conservadores y elitistas: la monarquía de la Restauración en España, el orden conservador de la república aristocrática en Argentina y el gobierno dictatorial de Porfirio Díaz en México. Aunque su respeto por las respectivas normas constitucionales oscilaba bastante, podría afirmarse que todos ellos habían venido, en los decenios finales del ochocientos, a estabilizar situaciones explosivas, cuajadas de guerras civiles, insurrecciones armadas y pronunciamientos militares. Una estabilización lograda por distintos caminos, entre los cuales destacaba la búsqueda de acuerdos entre sectores significativos de las élites que se repartían el poder, aglutinados en los partidos del *turno pacífico* español, el Conservador y el Liberal; en el Partido Autonomista Nacional argentino y sus sucesores, que arracimaron a notables del centro y de la periferia; o en torno al Porfirato, que atrajo con prebendas a parte de sus adversarios. En aquellos sistemas solo participaban ciertas minorías y los gobernantes —auxiliados por los jefes, caudillos y caciques locales— manejaban las elecciones con altas dosis de fraude.

Pero a la altura de los centenarios, las aguas remansadas de la política oligárquica se estaban removiendo. Cuestiones candentes, como el papel de la Iglesia y la secularización del Estado, agitaban ya a las opiniones públicas. Y la movilización de capas urbanas en ascenso obligaba a las élites ministeriales a tomar medidas. Por un lado, las organizaciones obreras, con un componente revolucionario —anarquista y anarcosindicalista— muy relevante, tanto en Argentina como en España, ponían en jaque a los gobiernos. Estos respondían con expedientes represivos, aunque también con

Salvador Viniegra
Promulgación de la Constitución de 1812
1912
Óleo sobre lienzo
342 x 624 cm
Museo de las Cortes de Cádiz

Miret
México. Fiestas del primer centenario de la Independencia.
La Catedral iluminada
1910
Tarjeta postal
8,5 x 13,5 cm
Colección CEDODAL, Buenos Aires



los primeros esbozos de políticas sociales que otorgaban al Estado un papel activo en las relaciones laborales y la seguridad de los trabajadores. Las fiestas se celebraron en Buenos Aires bajo el estado de sitio y la amenaza de una huelga general. Por otro lado, algunos elementos de oposición a los regímenes existentes adquirirían una fuerza muy visible, que se manifestaba en la arena electoral o buscaba por vías violentas un cambio político que les negaban los comicios. En el escenario español, tanto el catalanismo como la izquierda republicana y socialista lograron hacerse un hueco en el parlamento a través de la competición en las urnas. En el argentino, la Unión Cívica Radical desafiaba periódicamente a los gobiernos conservadores con conspiraciones y golpes. Mientras tanto, la inexpugnable maquinaria política de Porfirio Díaz no se detuvo ante la campaña antirreeleccionista articulada por Francisco I. Madero, quien, a raíz de la séptima reelección presidencial de Díaz en 1910, preparó un levantamiento revolucionario que estallaría tan solo dos meses después de las celebraciones.

Así pues, los tres regímenes resolvieron de modos muy distintos el problema político fundamental que se les presentaba a comienzos del novecientos: la transición del liberalismo elitista a una democracia que pudiera integrar a los estratos hasta entonces excluidos de la *res publica*. Bajo el mandato de Roque Sáenz Peña, presidente elegido poco antes del centenario, Argentina aprobó en 1912 una reforma electoral que, a la larga, daría el mando a los radicales. México, en cambio, entró en una dinámica insurreccional que duraría veinte años y barnizaría las fiestas de septiembre de 1910 con la pátina de un lujoso canto del cisne porfiriano. En España, los partidos gubernamentales pusieron en vigor sendos programas reformistas que trataron de abrir el sistema a derecha e izquierda, algo que, junto a la división de sus enemigos, les dio oxígeno para sobrevivir durante un decenio. Esos programas se condensaban en la *revolución desde arriba* del conservador Antonio Maura, que en 1908 presidió los primeros compases del centenario, y en el nuevo liberalismo representado por José Canalejas, padrino de la conmemoración, entre 1910 y 1912, de las Cortes gaditanas. Al cabo, sin embargo, los tres países sucumbieron, en el periodo de entreguerras, a fórmulas autoritarias de uno u otro signo.

En todo caso, los centenarios no solo coincidieron con tensiones democratizadoras, sino que se subsumieron en agudas discusiones sobre las identidades nacionales. La española, tal y como se había moldeado a lo largo del siglo XIX, se veía desafiada de repente por la aparición de nacionalismos alternativos en el País Vasco y, sobre todo, en Cataluña. Frente a ellos, los españoles promovieron un *regeneracionismo* que intentaba sacar a la nación de la crisis en que la había sumido la derrota de 1898 en la guerra colonial con Estados Unidos, conocida como el *Desastre*. De otro lado, una Argentina en pleno auge económico afrontaba la llegada masiva de inmigrantes eu-

ropeos, en buena parte españoles, ante los cuales urgía una redefinición identitaria. Y en México asomaban también estos deberes, no tanto por la inmigración externa sino más bien por la necesidad de conjugar grupos étnicos separados por distancias casi insalvables. Los intelectuales y artistas, con un afán de resonancias románticas, se ocuparon de hallar aquellos rasgos geográficos, históricos y culturales que a su juicio componían las señas de identidad de sus naciones, desde el paisaje hasta los tipos campesinos o folclóricos regionales. Como subraya el capítulo de Carlos Reyero, el arte español de aquellos años veía al pueblo como depósito del modo de ser nacional. Algo que podría generalizarse sin esfuerzo a otros muchos países y que en México, como afirma Fausto Ramírez en su texto, se completó en 1910 con las primeras exaltaciones del indígena, motivo posrevolucionario por excelencia. Al mismo tiempo, las élites políticas y sociales de ambas orillas del océano emprendieron campañas nacionalizadoras en las que emplearon herramientas ya probadas en otros lares, como la escuela, el servicio en el ejército y, cómo no, las conmemoraciones.

No obstante, las actitudes políticas ante los centenarios distaron de ser equivalentes en España, Argentina y México. Los gobernantes españoles se mostraron muy divididos a la hora de alentar las celebraciones, pues si los liberales sostenían una visión cercana a la de los republicanos, optimista frente a los efectos euforizantes de los rituales nacionalistas, los conservadores preferían darles un tono menor en aras de su alianza con el catalanismo moderado y en sintonía con los recelos católicos ante el legado liberal. La mayoría de las iniciativas partieron de los ámbitos locales, donde se enfatizaban las aportaciones de cada lugar a la historia patria. En Argentina predominó el deseo, no solo gubernamental sino compartido también por las fuerzas económicas y sociales, de hacer del centenario la presentación universal de una potencia rica, civilizada y con un porvenir esplendoroso. Buenos Aires debía ser el nuevo París o incluso otra Nueva York, y no se escatimaron recursos para convencer al mundo de ello. Por último, en México, aunque no faltaron las discrepancias, se impuso la voluntad dictatorial de legitimar, a una escala imponente, su gobierno paternalista como responsable del periodo de paz y prosperidad más duradero de la historia nacional.

Ya se ha dicho: el centro de las conmemoraciones correspondía a los padres de la patria y a sus héroes, estrellas en los relatos míticos que daban cuerpo a la genealogía nacionalista. Cada cual defendía su visión de aquellas narraciones, resaltando las biografías y los momentos que le interesaban. Para quienes se implicaron en el centenario de la guerra contra Napoleón en la península ibérica, los hombres y mujeres que habían peleado en ella se erigían en modelos en los que inspirarse a la hora de abordar la regeneración nacional, es decir, para salir del atraso y la decadencia encarnados por el *Desastre del 98*; bien por su inquebrantable fe religiosa o bien por sus

Anónimo
*Representación de Hernán Cortés y sus principales capitanes
en el desfile de las fiestas del Centenario*
1910
Impresión contemporánea a partir
del negativo de vidrio original,
Sistema Nacional de Fotografía (SINAFO),
Fototeca Nacional del Instituto Nacional de Antropología
e Historia, México, núm. 35936

Anónimo
Centenario Postal 25 de mayo 1810-25 de mayo 1910
1910
Tarjeta postal
8,8 x 13,6 cm
Colección particular



virtudes cívicas, reflejadas en los monumentos erigidos al pueblo y a sus representantes en las Cortes. Los argentinos preferían ver a los fundadores de la república, a los que dedicaron innumerables estatuas, como los precursores de una historia de éxitos que coronaba la espléndida realidad de 1910. Y, como muestra en su capítulo Virginia Guedea, el gobierno de Porfirio Díaz volcó en la efeméride mexicana una versión sintética del pasado que combinaba facetas de las civilizaciones precolombinas con una reivindicación de la colonia española para terminar decantando una identidad nacional mestiza, como el propio presidente. Nada mejor para contarla que el desfile organizado el 15 de septiembre, una lección viviente de historia que incluía el encuentro entre el emperador azteca Moctezuma y el conquistador Hernán Cortés. Además, este repaso no se detenía en la independencia, sino que continuaba, a través de la Reforma de Benito Juárez, hasta alcanzar la etapa culminante del Porfiriato.

Más allá de las procesiones y los monumentos, otros formatos transmitían estos mismos valores patrióticos. Los símbolos nacionales y las efigies de los próceres, cinceladas en bustos o retratadas en las pinturas de historia que todavía conservaban su prestigio en América, circulaban asimismo en placas y recuerdos variados, tarjetas postales, grabados de la prensa y hasta anuncios publicitarios. Sus hazañas se representaban en obras de teatro y óperas estrenadas para la ocasión, sus nombres salpicaban el callejero. Los empeños nacionalizadores se cebaban con especial ahínco en los niños, que alimentaron concentraciones como la que homenajeó la bandera en el Madrid de 1908 o la que, el 25 de mayo de 1910, reunió en Buenos Aires a decenas de miles de pequeños estudiantes para entonar al unísono el himno nacional. Las ceremonias escolares con enseñas y canciones reforzaban a diario estas impresiones, como debían hacerlo las cartillas y libros de texto donde se aprendía a reconocer los emblemas y a valorar los momentos críticos de la historia patria. Captaron asimismo la atención de los comentaristas los bailes de sociedad, los banquetes, los juegos florales, los castillos de fuegos artificiales y las paradas militares y navales. Y, algo muy llamativo en Argentina, las multitudes que, con un talante intimidatorio, invadían las calles para cantar el himno y agitar los colores nacionales. Como se desprende de la contribución de Fernando J. Devoto, allí los mitos nacionalistas demostraron tener una fuerza mayor que las llamadas a la huelga revolucionaria. En las conmemoraciones, pues, había un hueco para todos.

Hubo además otro aspecto sobresaliente de los centenarios: la fe positivista en el desarrollo basado en la ciencia y el comercio, facilitado por la paz y propulsado por el trabajo. Según la senda trazada en Londres, Filadelfia o París, se montaron exposiciones mercantiles e industriales que exhibían los últimos adelantos técnicos y repasaban los productos que cada zona podía ofrecer al intercambio. A ese esquema

respondían la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza, que pretendía sustituir la vieja francofobia del patriotismo español por la amistad con la Francia progresista y, a través suyo, con la Europa occidental. También las muestras internacionales que poblaron los parques y solares de Buenos Aires: la agrícola, la industrial y la dedicada a los transportes terrestres como el automóvil y el ferrocarril, símbolos de la modernización. Como la electricidad que iluminaba las ciudades, los aviones y globos que las sobrevolaban o los vapores que arribaban a sus puertos. Los congresos médicos, las exposiciones sobre higiene y los nuevos hospitales albergaban la paralela preocupación por la mejora sanitaria. Al mismo tiempo, las conmemoraciones daban pretexto al impulso o la conclusión de ingentes reformas urbanas, que alumbraron nuevos barrios, avenidas y plazas en cuyos espacios se elevaban los monumentos conmemorativos. La ciudad como texto didáctico. Donde mejor pudo verse en 1910 la conjunción de urbanismo y propósitos nacionalistas fue en Ciudad de México, que inauguró en una de las glorietas del Paseo de la Reforma —muestuario de estatuas patrióticas— la imponente columna de la Independencia, conocida como el *Ángel*. También en la capital mexicana se erigieron numerosos edificios públicos y la confianza positivista en la pedagogía obtuvo su mejor fruto con la inauguración de la Universidad Nacional.

Por último, aquí se presta atención al *hispanismo*, es decir, al acercamiento entre España y la América de habla española que sellaron los centenarios. Después de un siglo de distancia, los americanos volvían a mirar a la *madre patria*, un referente inofensivo que podía ayudarles a frenar las ambiciones panamericanas del poderoso vecino estadounidense. Los españoles, por su parte, deseaban encabezar una comunidad grande de países y contrarrestar así su insignificancia en el concierto internacional. En ambos casos estaban en juego las identidades nacionales, pues la vertiente ultramarina proporcionaba a España el orgullo de un pasado glorioso y promesas de grandeza, y los cantos a la stirpe española espesaban los nacionalismos hispanoamericanos frente al cosmopolitismo y al dominio anglosajón. De ese modo pudo darse la paradoja que suponía celebrar una separación violenta, la de 1810, con un pacífico reencuentro, el de 1910: las hijas emancipadas, se decía, volvían a visitar la casa materna. Tal era el trasfondo de los constantes viajes de intelectuales de uno y otro lado, de discursos y escritos donde probaban las ventajas de la mutua comunicación. Valga como ejemplo la gira por el Nuevo Continente del historiador español Rafael Altamira, que dio trescientas conferencias en vísperas de los festejos. Y también de las influencias artísticas que pusieron de moda en América los estilos hispánicos y encumbraron en torno a las celebraciones a escultores como Agustín Querol o Mariano Benlliure y, sobre todo, a pintores como Joaquín Sorolla, Hermen Anglada-

Camarasa o Ignacio Zuloaga, el triunfador en la exposición artística de Buenos Aires. Las inquietudes en torno a la identidad confluyeron con las demandas de la élite porteña para consagrar a los artistas españoles en Argentina.

La empresa hispanoamericanista dejó su impronta en las conmemoraciones a través de la participación en ellas de delegaciones extranjeras. Las misiones españolas en Argentina y en México adquirieron pues un relieve inusitado: la que presidió la infanta Isabel de Borbón, enviada por su sobrino Alfonso XIII y protagonista indiscutible del mayo austral de 1910, y la del marqués de Polavieja, quien devolvió en septiembre al Estado mexicano, en prenda de reconciliación, el uniforme del padre de la patria José María Morelos. En 1912, el expresidente José Figueroa Alcorta, que había patrocinado el centenario de la independencia argentina, actuó como embajador en el de la Constitución de Cádiz. Tras los éxitos exteriores de España latían los intereses de las colectividades de inmigrantes españoles en América, enorme en Argentina y más reducida en México. Como expone en su artículo Marcela García Sebastiani, la emigración aspiraba a reforzar su papel en las tierras de acogida mediante el cultivo del hispanismo, al que dedicaron sus energías los dirigentes de tejidos asociativos muy complejos. El desfile de sus corporaciones ante el palacio bonaerense donde se alojaba la infanta, que atrajo el 22 de mayo de 1910 a más de cincuenta mil compatriotas, reafirmaba la identidad española dentro de una conmemoración nacionalista e hispanoamericana.

Esta publicación tiene su origen en el catálogo de una exposición que, lamentablemente, nunca se realizó. En ella se daba cuenta de todos los fenómenos citados por medio de un amplio conjunto de piezas: pinturas, esculturas, periódicos, libros, folletos, partituras, fotografías, películas, carteles, planos, maquetas, placas, trajes y un sinnúmero de pequeños objetos conmemorativos. En los capítulos y en las secciones ilustradas que los siguen se recogen algunos de ellos, los más significativos. Reunirlos habría sido imposible sin la colaboración de muchas instituciones y personas que figuran en los créditos. Queremos aquí dejar constancia, como comisario y vicescomisario de la exposición, de nuestro reconocimiento a todos ellos, así como a los autores del libro. También a quienes nos ayudaron desde Colombia y Chile, aunque sus centenarios no pudieron incluirse finalmente en el conjunto. Y ya que de conmemoraciones se trata, dedicamos un recuerdo afectuoso a José García-Velasco, Natalia Rodríguez-Salmones, Manuel Mortari, Ana Matilla, Charo Otegui e Ignacio Ollero, que ayudaron a salvar estos restos de aquel centenario del centenario, una experiencia tan singular como gratificante.

Madrid y Granada, primavera de 2012

Bibliografía

- A.A. V.V., *Centenarios de la Independencia*, en *Apuntes*, vol. 19, núm. 2, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana/ICAC, 2006, págs. 176-283.
- DEMANGE, Christian, Pierre Géal, Richard Hocquellet, Stéphane Michonneau y Marie Salgues (eds.), *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007.
- GUEDEA, Virginia (coord.), *Asedios a los centenarios (1910 y 1921)*, México, Fondo de Cultura Económica/UNAM, 2009.
- GUTIÉRREZ, Ramón (dir.), *El reencuentro entre España y Argentina en 1910. Camino al bicentenario*, Buenos Aires, CEDODAL, 2007.
- GUTMAN, Margarita, y Thomas Reese (eds.), *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- MAYER, Alicia (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, México, UNAM, 2007.
- MORENO LUZÓN, Javier (coord.), «Nacionalismo español: las políticas de la memoria», en *Historia y Política*, núm. 12, Madrid, UNED/UCM/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004, págs. 5-209.
- NUN, José (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa, 2005.
- PÉREZ VEJO, Tomás (coord.), *Los centenarios y su significado: la historia como representación*, en *Historia Mexicana*, vol. LX/1 237, México, El Colegio de México, 2010.